

CAPÍTULO I

Hay cosas que no se prestan a explicaciones. Creo que mi padre lo sabía. Creo que él sabía que, a veces, las palabras pueden banalizar las emociones más profundas o clavarlas como mariposas cazadas en su magnífico vuelo, convertidas en recuerdos pálidos de lo que danzaba al aire como un adorno de seda. Es mejor imaginar. Imaginar que sonaba la música, que se filtraba la luz entre las nubes inundando la calle y que el aroma de la isla nos seguía cuando íbamos camino de la tienda. Imaginar que no había en el mundo nada que no fuera bello, y que nosotros éramos la prueba de que los milagros existen, mientras avanzábamos rozando apenas la acera con los pies y con sonrisas temblando en la cara y mil pájaros cantando en el aire. Imaginar que la bondad dimanaba de nosotros al aire de la ciudad y que los coches aminoraban la marcha y bajaban los cristales para respirar aquel perfume a velas blancas y sábanas limpias. Imaginar que uno de los males del mundo se había curado en secreto y la música anunciaba la noticia, elevando sus notas en un *allegro* que era una risa de júbilo que se desgranaba en el momento en que abrimos la puerta.

Esto sentí la primera vez que vi a Isabel Gore.